

## Un país desorientado

Un país en su conjunto puede estar en muy diversas situaciones, en muy distintos templos, dejando aparte las posibilidades, siempre múltiples, de los individuos. El país como tal puede estar entusiasmado, ensoberbecido, deprimido, aterrado, envilecido, equilibrado, aburrido, en discordia, «invertebrado» - como Ortega dijo de España hace sesenta y cinco años-, enloquecido... Importa mucho saber en qué fase' o estado de ánimo colectivo está cada país en cada momento. He mostrado en un libro reciente que España pasó casi todo el siglo XIX entre el espasmo y el marasmo, aceptando la apatía, el aplazamiento de las cuestiones graves, la *vita mínima* por temor al espasmo, a la explosión de una violencia cuya conducción se escapa de las manos.

Si me pregunto cuál es hoy, en 1986, la situación de España, encuentro que ninguna de las que acabo ¡de enumerar le corresponde propiamente; quedan restos de algunas -del entusiasmo que *empezó* a sentir hace un decenio, y que no llegó a consolidarse-; más que restos, por fortuna, del equilibrio en que pareció que iba a instalarse; hay algunos indicios de depresión, aún no muy grave; está, por supuesto, bien lejos de la locura que la dominó hace medio siglo, incluso de la discordia que fue su origen y fermento.

Lo que está España es *desorientada*. La trayectoria que había emprendido hace diez años, y que se pondría resumir en la expresión *incremento de la libertad*, sin romperse, sin resultar imposible, se ha desdibujado, se ha debilitado, se ha vuelto problemática. España estaba llena de problemas, algunos muy difíciles de resolver, pero se planteaban *desde la libertad*, que se presentaba como el *método* para intentar resolverlos. De ahí la inconfundible impresión de dilatación de la vida en que los españoles hemos vivido un quinquenio; esto no quiere decir que todos estuvieran contentos, pero sí que respiraban mejor. Sentían que España *estaba en sus manos*, se veían como dueños de su destino, responsables de la dirección de los asuntos nacionales, invitados a participar en ella. Había confusión -al comienzo, una multitud de partidos que los electores, con claridad y firmeza, redujeron a unos cuantos en cuanto pudieron votar-; pero se podía reaccionar a ella, marcar un propósito, y así se hizo, desde el referéndum para aprobar la Reforma Política -que abrió el paso a la transformación del país, al establecimiento del liberalismo y la democracia- hasta la Constitución. España estaba -como pocas veces desde hace dos siglos- *orientada*. Por eso era

posible la esperanza; y con un poco de imaginación y de suerte, la ilusión.

A fines de 1980 empezaron a cambiar las cosas! de una manera que no se acababa de entender. La oposición mecánica, automática, a todo lo que el equipo gobernante hacía -especialmente a lo que hacía bien-, y que culminó en el voto de censura, que merecería haberse examinado a fondo; la negación de apoyo a ese equipo de los que deberían haber temido' su derrota; la aparición de extrañas tendencias suicidas dentro de los que regían el país, nada de eso era verdaderamente inteligible. Se ha dicho muchas veces que UCD era un conglomerado de grupos de diversas ideologías, sin unidad; en todos los países civilizados, las diferencias dentro de los partidos suelen ser mucho mayores; imagínese lo que abarcan, por ejemplo, el partido republicano y el partido demócrata en los Estados Unidos. No se trataba de diferencias de doctrina, ni siquiera de la pugna de ambiciones; fue sobre todo una anormal erupción de *vanidades* -lo menos creador de este mundo-.

Tengo inveterada afición a la fisiognómica; nada me parece tan revelador como las caras de las personas, y sus cambios; recuerdo muy bien cómo, antes de que las discordias internas se manifestaran, las preví al advertir la nueva expresión que mostraban algunos rostros bien conocidos. Entre enero de 1981 y octubre de 1982, es decir, entre la dimisión de Adolfo Suárez y el triunfo socialista en las elecciones, se produjo un principio de desorientación, porque los españoles empezaron a *no entender lo que pasaba*, porque sintieron que se les escapaba lo que acontecía ante sus ojos perplejos. Creo que se fue gestando una transición de la actitud de *actores* a la de *espectadores* de algo cuyo argumento no está muy claro.

Pero lo más grave ha venido después. El resultado de las elecciones fue sin duda *querido* por los votantes, pero no sé si *deseado*, por gran número de ellos. Me pregunto si muchos de ellos previeron la mayoría absoluta y sus consecuencias. Tengo la impresión de que se encontraron «enajenados», comprometidos en algo que funcionaba mecánicamente y sin contar con nadie. La situación en que se había vivido durante cuarenta años parecía ¡en algún sentido rebrotar, con la diferencia fundamental, claro es, de no deberse a la fuerza sino a una decisión libre de los electores; pero la impresión de que había cesado la posibilidad real de intervenir en la marcha de las cosas ha sido inequívoca.

Ahí empieza el núcleo de la desorientación que España padece. Hay que decir que ha sido progresivamente fomentada, cultivada, intensificada. Por una parte, los cambios bruscos de actitud respecto a cuestiones importantes hacen que los ciudadanos no sepan a qué atenerse. El caso de la OTAN es el de mayor volumen, y va a tener graves consecuencias, incluso más allá de la cuestión concreta. La impresión de que las decisiones tomadas por el Poder se llevan adelante sin tener en cuenta otras opiniones, sin escucharlas siquiera, acentúa la conciencia de enajenación de la voluntad política. Y esto contrasta con lo que había sido la política española desde 1976, cuya norma constante había sido *contar con los demás*, tal vez excesivamente. Una ojeada a los diarios de sesiones de las Cortes basta para probarlo de manera abrumadora.

Pero la desorientación ha sido reforzada mediante cambios estructurales cuyo alcance tardará en medirse. La sociedad española está muy poco articulada; el espíritu individualista -que es bueno- y la insolidaridad -que no lo es- han hecho que falte la coherencia, que escaseen las organizaciones privadas que dan consistencia a una sociedad y hacen difícil su manipulación -no digamos su atropello-; añádase a esto la ausencia de vida *pública* desde el comienzo de la guerra civil.

Pues bien, en los últimos años se han debilitado las pocas organizaciones que establecían vínculos reales entre los españoles. Los cuerpos profesionales, los Colegios que los agrupan y organizan, han sido metódicamente perturbados, limitados, a veces enfrentados. Hay una tendencia a la pulverización de una sociedad no muy conejada, hasta el grado extremo que los farmacéuticos llaman «porfirización». Con el polvo no se puede hacer gran cosa; si sopla un poco el viento, una polvareda, es decir, confusión; si se humedece, barro manejable, con el cual se puede hacer lo que se quiere.

El referéndum sobre la OTAN es el mejor ejemplo de desorientación planeada. Los cambios de postura son ininteligibles; pero además no son completos, son internamente incoherentes: se quiere estar en la OTAN, pero menos (es decir, mal). La pregunta es intrínsecamente desorientadora, porque la mayoría tendría que contestar sí y no, a sus diversas partes; es decir, la respuesta tiene que ser equívoca. La abstención también lo es, porque puede parecer desinterés, pereza o negativa *al referéndum*, que no se puede expresar directamente.

¿Qué se puede hacer? Ya no tengo lugar para intentar siquiera una respuesta. Como principio de orientación, diré que hay que buscar ésta, con el único método: la libertad.